

MARINA TSVIETÁIEVA

DIARIOS DE LA
REVOLUCIÓN DE 1917

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Земные приметы*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2015 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de Selma Ancira

ISBN: 978-84-16011-39-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 672-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Octubre en un vagón. (Notas de aquellos días)	7
Libre tránsito	22
Mis empleos	61
De mi diario. La muerte de Stajóvich	101
Mi buhardilla. Notas moscovitas de 1919-1920	118
Del amor. (Extractos de mi diario)	132
De la gratitud. (Extractos de mi diario de 1919)	151
Fragmentos del libro <i>Indicios terrestres</i>	159
De Alemania. (Fragmentos de mi diario de 1919)	189
<i>Notas de la traductora</i>	205
<i>Índice onomástico</i>	217

OCTUBRE EN UN VAGÓN (NOTAS DE AQUELLOS DÍAS)

Dos días y medio ni un bocado, ni un trago. (La garganta cerrada). Los soldados traen los periódicos – en papel rosado. El Kremlin y todos los monumentos han sido volados. El 56.º regimiento. Han sido volados los edificios con los *Junkers*¹ y oficiales que rehusaron rendirse. 16 000 muertos. En la siguiente estación – ya eran 25 000. Callo. Fumo. Mis compañeros de viaje, uno tras otro, toman los trenes que van de regreso.

Un sueño (2 de noviembre de 1917, de noche).

Huimos. De un sótano sale un hombre con un fusil. Le apunto con la mano vacía. – Baja el fusil. – El día es soleado. Escalamos unos pedruscos. S. habla de Vladivostok. Avanzamos en coche por entre los escombros. Un hombre con ácido sulfúrico.

CARTA EN MI CUADERNO

Si usted está vivo, si está escrito que vuelva a verlo – entonces escuche: ayer, cuando llegábamos a Járkov, leí el *Yuzhni krai*. 9000 muertos. No le puedo relatar la noche, porque aún *no ha terminado*. Ahora la mañana es gris. Estoy en el pasillo. ¡Comprenda! Viajo y le escribo, y no sé si – y aquí siguen palabras que soy incapaz de escribir.

Nos acercamos a Oriol. Temo escribirle como quisiera, porque estallaré en sollozos. Todo esto es un mal sueño. Trato de dormir. No sé cómo escribirle. Cuando le escribo, usted – existe, ¡porque le escribo! Pero después –

DIARIOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1917

¡ah! – el 56.º regimiento de reserva. El Kremlin. (¿Recuerda las enormes llaves con las que cerraba las puertas por la noche?). Pero lo principal, lo principal, lo principal – es usted, usted mismo. Usted con su instinto de autodestrucción. ¿Acaso se puede quedar en casa? Si todos se quedaran, usted partiría solo. Porque usted es irreprochable. Porque usted no tolera que maten a los demás. Porque usted es un león que sacrifica su ser leonino: su vida – a todos los demás, conejos y zorros. Porque usted vive con abnegación y desprecia la autodefensa, porque el «yo» para usted no es importante, porque todo esto lo supe desde el primer momento.

Si Dios hace el milagro de conservarlo con vida, lo seguiré como un perro.

Las noticias son inciertas, no sé qué creer. Leo sobre el Kremlin, la Tverskaia, Arbat, el Metropol, la plaza de la Ascensión, las montañas de cadáveres. En el periódico *SR Kúrskaia Zhizn*² de ayer, (día 1) – leo que ha comenzado el desarme. Otros (los de hoy) hablan de combate. Ahora no me permito escribir, pero mil veces me he visto entrar en casa. ¿Se podrá entrar en la ciudad?

Pronto llegaremos a Oriol. Son casi las dos de la tarde. Estaremos en Moscú a las dos de la mañana. ¿Y si entro en casa y no hay nadie, ni un alma? ¿Dónde buscarlo? Quizá ya no exista ni la casa. Todo el tiempo tengo la sensación de que esto es un mal sueño. Estoy siempre en espera de que algo se produzca, que no haya habido periódicos, nada. *Que sea un sueño del que voy a despertar.*

La garganta oprimida, como por dedos. No ceso de abrir y cerrar el cuello de mi vestido. *Seriózhenska.*³

Escribí su nombre y no puedo escribir más.

OCTUBRE EN UN VAGÓN

Tres días y tres noches – ni media palabra con nadie. Sólo con los soldados para comprar periódicos. (Horrendas hojitas rosadas, siniestras. Carteles teatrales de muerte. No, ¡Moscú los ha coloreado! Dicen que no hay papel. Había, ya no hay. Para unos – es igual, para otros – una señal).

Alguien, finalmente:

—¿Qué le ocurre, señorita? En todo el camino no ha probado ni un trozo de pan, viajo con usted desde Lozovaia. La veo y la veo y me pregunto: ¿cuándo comerá nuestra señorita? Pienso, ahora sí, al pan, pero no – ¡otra vez a escribir en su librito! ¿Qué, se está preparando para algún examen?

Yo, vagamente:

—Sí.

El que habla – es un artesano, ojos negros como el carbón, barba negra, tiene algo del Pugachov⁴ tierno. Entre terrible y agradable. Conversamos. Se queja de sus hijos:

—Se han contagiado de esta nueva vida, de esta sarna. Usted, señorita, es joven y seguro pensará mal de mí, pero yo creo que toda esta escoria roja y estas puerkas libertades – no acarrearán más que la tentación del Anticristo. Es un príncipe y su poder es enorme. Sólo estaba esperando su momento, estaba reuniendo fuerzas. Vas al campo, – la vida es grisácea, la mujer canosa. «Diablo, bufón»... Míralo, lanza tallos de berza. Pero acaso es un bufón si ha nacido príncipe, de naturaleza celestial. A él no hay que atacarlo con tallos, sino con legiones de ángeles...

Se sienta con nosotros un militar gordo: cara redonda, bigote, unos cincuenta años, un poco vulgar, un poco vanidoso.

—¡Tengo un hijo en el 56.º regimiento! Estoy muy preocupado. No vaya a ser, pienso, que se lo lleve el diablo. (No sé por qué, pero de golpe me tranquilizo)... Por lo demás,

DIARIOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1917

no es ningún tonto: ¡qué necesidad tenía de meterse en ese infierno! (Mi tranquilidad se desvanece al instante)... Es ingeniero de profesión, y los puentes, ya saben ustedes, no importa para quién se construyan: para el zar o la república, ¡lo que importa es que aguanten!

Yo, no aguantando más:

—Pues mi marido está en el 56.º.

—¿Su ma-ri-do? ¿Está casada? ¡Vaya! ¡Nunca lo habría pensado! Yo la creía jovencita, a punto de terminar el liceo. ¿O sea que en el 56.º? Entonces, ¿también usted está muy preocupada?

—No sé cómo llegaré al final del viaje.

—¡Llegará! ¡Y volverá a verlo! Vaya por Dios, con una mujer así – ¡exponerse a las balas! ¡Si será enemigo de sí mismo! ¿También él es muy joven?

—Veintitrés años.

—¿Ve? ¡Y usted se inquieta! Si yo tuviera veintitrés años y una esposa como usted... Pero yo a mis cincuenta y tres y sin una esposa así...

(Yo, para mis adentros: «¡Ésa es la cosa!». Pero por alguna razón, de todas maneras, plenamente consciente de lo absurdo del razonamiento, me tranquilizo).

Me pongo de acuerdo con el artesano para ir juntos desde la estación. Y aunque no llevamos el mismo camino: él va a Taganka, yo a la Povarskaia, sigo pensando en lo mismo: una prórroga de media hora. (Media hora – y Moscú). El artesano – es una tabla de salvación, y por algo tengo la impresión de que él *lo sabe todo*, más aún – de que pertenece al ejército del príncipe (¡no en vano es Pugachov!) y precisamente *porque es un enemigo*, a mí (a S.) me salvará. – Ya me ha salvado. – La impresión de que se subió en este va-

OCTUBRE EN UN VAGÓN

gón a propósito – para protegerme y tranquilizarme – y de que la estación Lozovaia nada tiene que ver: pudo haber aparecido por la ventana, en plena marcha, en plena estepa. Y de que ahora en Moscú, en la estación, se volverá polvo.

Faltan diez minutos para Moscú. Ya comienza a clarear, – ¿o es simplemente el cielo? ¿Los ojos se han habituado a la oscuridad? Tengo miedo del trayecto, de la hora en el coche de alquiler, de la casa que se aproxima (de la muerte, – porque si lo han matado, moriré). Tengo miedo de oír.

Moscú. Negrura. A la ciudad se puede entrar con un salvoconducto. Yo tengo uno, del todo distinto, pero es igual. (Para la vuelta en tren a Feodosia: esposa de lugarteniente). Tomo un coche de alquiler. El artesano, por supuesto, ha desaparecido. Parto. El cochero está locuaz, yo ausente, el empedrado lleno de baches. Tres veces se nos acercan con linternas. – «¡El salvoconducto!» – Se lo extiendo. Me lo devuelven sin haberlo visto. El primer tañido. Son cerca de las cinco y media. Comienza a clarear. (¿O lo parece?). Las calles desiertas, desertadas. No reconozco el camino, no lo conozco (me lleva dando un gran rodeo), tengo la impresión de ir siempre a la izquierda, como a veces una idea en el cerebro. Algo atravesamos y por algo huele a heno. (¿Pero quizá, pienso, sea – la plaza Sénnaia, y de ahí – el heno?). Suenan disparos en los puestos de guardia: alguien no se rinde.

Ni una vez – en las niñas. Si S. no está, no estaré yo, y por tanto, ellas tampoco. Alia sin mí no vivirá, no querrá, no podrá. Como yo sin S.

DIARIOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1917

La iglesia de Borís y Gleb. La nuestra, la de la Povarskaia.* Giramos en una callejuela – la nuestra, la de Borís y Gleb. La casa blanca de la escuela diocesana, siempre la llamé «*la volière*»:⁵ una larga galería y voces de niños. Y a la izquierda aquélla, verde, antigua, firme (el gobernador la vivía y los guardias la vigilaban). Una más. Y la nuestra.

El porche frente a dos árboles. Desciendo. Bajo las cosas. A cierta distancia de la puerta, dos hombres en uniforme semimilitar. Se aproximan:

—Somos los guardias de la casa. ¿Qué se le ofrece?

—Yo soy tal y vivo aquí.

—No está permitida la entrada por la noche.

—Entonces llame a la criada, por favor. Del apartamento 3.

(Un pensamiento: ahora, ahora, ahora lo dirán. Ellos viven aquí y saben las cosas).

—No somos sus sirvientes.

—Les pagaré.

Van. Espero. No vivo. Los pies en los que me apoyo, las manos con las que llevo las maletas (no las había soltado). No oigo ni el corazón. Si no hubiera sido por la llamada del cochero, no me habría percatado de lo largo, lo monstruosamente largo.

—Y bien, señorita, ¿me deja ir o no? Todavía tengo que ir a Pokróvskaia.

—Le pagaré más.

Terror de que se vaya: en él está mi última vida, mi última vida *antes de*... Sin embargo, luego de poner las cosas en el suelo, abro mi bolso: tres, diez, doce, diecisiete... hacen falta cincuenta... De dónde los sacaré, si...

Pasos. Primero el ruido de una puerta, después de otra.

* Hay otra en la plaza de Arbat.